

## YACIRETÉ\*

A RICARDO SUPICICHE

el río donde nace la amapola de sangre.

RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN

Le decían Yacireté. Era muy feo. Una de esas caras que parecen reír siempre en un gesto tirante de burla o de muerto. Sus ojos, un poco sesgados, de un gris muy frío, lo atrapaban a uno con su malignidad. Todo mirada, todo silencio. Se lo pasaba escuchando a los otros, mirándolos con su mirada fría y su boca sonriente, como atrapándolos en un sigilo que además los sobraba. El hombre vivía solo en la orilla deshabitada, lejos de todo, y por allí pescaba y cazaba adentrándose en la isla sin un perro que lo acompañara. Hasta su rancho, una especie de tapera que la tierra se estaba tragando, era difícil de hallar, oculto entre los espinillos y los yuyales, cuando íbamos allí, cada tres o cuatro meses a comprarle los cueros y las plumas, a venderle algunas cosas que él nos recomendaba, cartuchos, yerba, ginebra, algo de ropa o carne salada. Y era en El Paracao.

Allí estábamos esa noche de agosto, entibiado el pecho por el calor del fuego y la ginebra, la espalda helada hacia el río, cuando el hombre habló.

*- Porque yo también tenía mujer –dijo a propósito de no sé qué.*

Su voz era clara y profunda, deslizante en el rumor del agua y el viento, entonada con un acento de llanura estéril, de tapujos y cachada.

Tenía una mujer, la mujer cedió a los galanteos de un extraño y él lo supo. No vio nada. No le dijeron nada. Lo adivinó en el cejo de la mujer, en un temblor de sus manos, en una huida de sus ojos. Lo confirmó en el traidor perfume a jazmín que perduraba en la almohada. Y no le era fácil decirlo, pero su gesto nos sonreía y las brasas calentaban sus ojos, los enrojecían por dentro con un resplandor de sangre cristalizada. Y no había luna. Todo callaba en torno.

Salió una noche a recorrer los espineles pero no avanzó sobre el río, se quedó esperando que los otros se entregaran, sentado en la canoa, fumándose una chalita, mirando el curvo

resplandor de la ciudad a ras del horizonte oscuro, descifrando en el tejido luminoso de las estrellas la urdimbre de su venganza.

Luego regresó. Hizo ruido a propósito, sintió ruido adentro, un seseo de voces, un deslizamiento de cuerpos, el redoble de su pulso, y volvió a esperar un rato, inmóvil en la noche que se iba, en el sopor de los laureles, en el silencio largo de un tiempo de cuchillos.

- *Antes de entrar supe que él me esperaba atrás de la puerta* –dijo con una sonrisa que esta vez era de sorna y más fea.

De golpe atropelló la puerta y el otro quedó atrapado entre las tablas y la tapia del rancho -*porque yo lo había hecho de tapia y en un alto para que durara* –dijo, sorprendiéndose a sí mismo-, *yo, que en ese entonces rodaba tan libre...*

Puso el pie debajo, trabando la puerta, y se dio un respiro. Los ojos de la mujer brillaban como dos lucecitas en la penumbra, dos luces del suburbio de donde era ella, y el tipo jadeaba, así durante un rato, sin una sola palabra, sin un grito, aromados por el aire del alba en la isla negra. Hasta que él sacó la cuchilla de hoja ancha.

- *Lo cosí a cuchilladas entre las ranuras de las tablas* –dijo-, *y su sangre lamida por los perros me calentó las alpargatas...*

Después se rió el Yacireté con una mueca horrible, mostrando esta vez los dientes.

- *¿Pueden creer que no le vi la cara ni nunca supe quién era? A ella creí dejárselo para que se entendiera con el muerto como se entendía con el vivo, ¿no?, a más de todas sus pertenencias. Y me fui igual que había venido, llevándome lo puesto en la canoa, y remé muy lejos aguas arriba hasta poner entre nosotros una distancia de olvido.*

Alertado por el giro de su confidencia o replegado en la adversidad de su recuerdo, Yacireté dejó de hablar, cerró los ojos y apretó los labios en un gesto amargo y desdeñoso que podía ser la dura forma de su tristeza.

Yo, en el alivio de la pausa, me di cuenta que unas palabras suyas me golpeaban con la insistencia de un eco: *Lo había hecho de tapia y en un alto, para que durara*. Porque el hombre, entregado a la pasión que lo llamaba, amasijando en el barro la tenacidad de sus ilusiones, había consentido en asentar su vida errante, en fundarla y amarrarla a una orilla vecina, en sacar y tener y alternar y "hacerse gente" en el tráfico con los otros, en arrancar su ternura de la áspera soledad como un sonido que se rasga al descuido en la guitarra, ¿se imagina?, esa *cosa* de la que no sabíamos ni el nombre, cínica y feroz, pulsando alguna vez al amor del fuego las cuerdas de su propio corazón minucioso e indomable...

Y allí estaba, él o lo que de él restaba a la vuelta de los años, seco y descordado, se diría, como una vieja bordona. De pie frente a nosotros, apenas alumbrado por el resplandor del fuego, descansaba toda su estatura y el poco peso de su cuerpo, sosteniéndose con ambas manos en la larga pala de la canoa.

Sintiendo en la vibración de su pausa que algo más iba a decir, nadie se movió. Yacireté observaba fijamente la danza de las llamas, hablándose a sí mismo en el temblor de sus labios. Al rato dijo:

*- Estuve mucho tiempo solo, apartado, sin hablar con nadie. Así, creyendo esconderme de la justicia en un estero despoblado, supe al fin que era de otra cosa que yo me ocultaba. Porque, aunque mortificado por el rencor de mi ofensa, yo a ella la quería y nunca dejé de pensarla. La veía en mis sueños, escuchaba el llamado de su voz en los confines del viento. Y en ese fiero penar de mis ardores, acabé por perdonarla y la extrañaba.*

Yacireté hablaba en un esforzado susurro que se dirigía más a su memoria que a nosotros; cuando su voz se acalló en un nuevo silencio, en el claroscuro de la noche, lo vi tragar saliva y frotar la frente en la pala, mientras deslizaba sus labios a lo largo de los dedos en un gesto atormentado.

*- Hasta que un día levanté mis cosas y volví a buscarla, sin pensar en un desaire, sin saber que no la encontraría...*

Una rama incandescente se partió en el hogar y el fuego se animó, chisporroteando alto en el clamor de las sombras.

*- ...Porque no la encontré. Porque ya al llegar sentí su ausencia en la mirada huraña de la gente que me rehuía como a un loco cuando preguntaba por ella. Y así anduve rondando las orillas, evitado por todos los que me conocían, hostigado por los chiquilines que se escapaban al verme, gritando: "¡Yacireté!" desde el espesor de los varillares. Hasta que alguien, un forastero, se comidió a decirme la verdad. "Esa mujer que busca, amigo, ya no existe –me dijo, recuerdo esas palabras-, y yo sólo puedo decirle que murió de mal modo porque la mató su compañero sin darnos una razón". Háganse cargo ustedes de lo que yo sentí al oírlo. Porque entonces me di cuenta que en esa noche de penas, no era al otro a quien yo había matado, sino a ella, ¿entienden?, a ella, que, asustada, debió levantarse a escuchar o acaso a protegerse tras la puerta, quedando aprisionada cuando yo la atropellé, y, una vez abierta, la sostuve en firme y le sumí una cuchillada en el corazón para que no gritara, y después otra y otra más hasta cansarme... Y esos ojos que vi brillar en la oscuridad de la pieza y que me llevé en prenda de su arrepentimiento, no habían sido los de ella, sino los del otro, los del tipo que la consiguió con engaños, pegado a la cama por el miedo y libre después de irse sin rastro y sin nombre. Sepan que por eso me vine a El Paracao, a vivir mi padecimiento donde nadie vive, en compañía de las*

*ánimas, y aquí vivo desde hace tanto que he perdido la cuenta, viejo ya y sin otra compañía que la de esos fantasmas que salen, como yo, a llorar su desventura a la luz de los mundos...*

Cuando Yacireté calló, extinguiéndose las notas graves de su voz en una queja inaudible que forzó la mueca trágica de una sonrisa, el fuego palidecía con las luces de la madrugada, astillándose, disperso y como suspendido en los cristales del rocío.

De pronto pareció encogerse en un ademán felino, y una contorsión de miedo borró su sonrisa helada.

- ¿Alcanzan a ver las ánimas a ras del agua? -dijo temblando- ¿Pueden oír sus voces?

La playa, la barranca socavada por los pájaros, el mismo río, eran apenas visibles y estaban como filtrados por la veladura de la bruma; y algo alentaba en ese manto de vapores, algo se movía...

*\* Relato perteneciente al libro "Cuentos del Sol y del Río".*

*José Luis Vittori. Santa Fe. 1976*

[www.joseluisvittori.com](http://www.joseluisvittori.com)